

EL DETERIORO DEL PARLAMENTO

Víctor Meza

La mal llamada “clase” política (en rigor académico, las clases se definen por su relación de propiedad o ausencia de la misma sobre los medios de producción, no por su relación o posición con y en la “política”) está de capa caída o, al menos, su imagen está muy deteriorada y sus acciones son cada vez más cuestionadas.

El escenario ideal para medir el nivel de deterioro es el Congreso Nacional, espacio político por excelencia y ámbito propicio para mostrar los defectos y virtudes de los protagonistas de la política criolla. La mayoría de las encuestas más recientes, las que pueden considerarse serias y con el suficiente rigor técnico para volverse creíbles, muestran claramente el estado de desconfianza y desencanto de los ciudadanos con el desempeño de los diputados. Es una tendencia creciente que no sólo se produce en Honduras, valga la aclaración, sino que abarca a la mayoría de los países de nuestro continente.

En los últimos meses, el descrédito parlamentario ha aumentado. Las denuncias de sobornos y chantajes para obtener los votos necesarios a favor de tal o cual propuesta legislativa, son cada vez más frecuentes y directas. Con sobrado cinismo, algunos diputados confiesan abiertamente las tentaciones pecuniarias a que son sometidos. Hablan de ello con tanta naturalidad y desparpajo, que sólo reflejan el nivel de desintegración ética en que han caído. Pareciera que no les importa, que la corrupción parlamentaria ha alcanzado tal nivel de ampliación y volumen que, finalmente, ha adquirido la categoría de costumbre aceptable, práctica común y corriente, estilo tolerado y promovido desde el seno mismo del Congreso Nacional. ¡Qué pena!

En esencia, esta situación de creciente desintegración moral del núcleo parlamentario, sólo refleja la profundidad de la crisis de representatividad en que han caído los actores políticos y sus organizaciones partidarias. Crisis de representatividad que, al final, se traduce en una crisis de legitimidad, de confianza pública y, por supuesto, de creciente descreimiento y desencanto nacional.

Las encuestas serias que frecuentemente se hacen a nivel latinoamericano, reflejan también esta tendencia a la deslegitimación política de los parlamentos en el continente. Y esa deslegitimación evidente, más temprano que tarde, debilita en forma gradual la representatividad de los legisladores y les desconecta de sus electores. De esta manera, el Poder Legislativo pierde fuerza, mientras el Ejecutivo, sobre todo si padece de vocación autoritaria, se fortalece y endiosa. Al final, el necesario balance entre los Poderes del Estado se altera, en beneficio del más fuerte, rompiendo así el necesario equilibrio que la democracia demanda para mantener un saludable sistema de pesos y contrapesos. El Estado de derecho queda en entredicho.

Pero a los señores diputados – al menos a buena parte de ellos – parece que esto no les importa, ni les inquieta ni les quita el sueño. Acostumbrados a calificarse los unos a los otros con el divertido epíteto de “honorables”, muchos son los que realmente terminan creyendo en la veracidad del vocablo. Empiezan a tomarse en serio, engolan la voz, adoptan posturas de solemnidad dudosa y, al final, erigidos en tribunos de arrabal, dan rienda suelta a sus peroratas grandilocuentes, tronitronantes muchas veces, que sólo sirven para reflejar cuán frágil es la condición humana cuando sucumbe tan fácilmente a los delirios de la vanidad y la prepotencia. Es cuando las ideas se les suben a la cabeza.

Basta ver la forma, entre caudillesca y tribal, en que se conducen las sesiones del Congreso. Unos cuantos señores y señoras, sin que falte más de algún señorito “con aspecto de florero”, endiosados en su momentáneo disfrute del poder, dirigen la asamblea con rigor vertical y discriminatorio, imponiendo agendas súbitas, negando arbitrariamente la palabra al orador de turno o, simplemente, clausurando los “debates” cuando el viento no sopla a su favor.

Y así, en medio de la desintegración ética de algunos, el autoritarismo grosero de otros, y la indiferencia cómplice de muchos, el Congreso Nacional va cada vez más perdiendo su necesario señorío y majestad, mientras el otro Poder, el Ejecutivo, afianza sus pilares, engrosa sus facultades y se dispone a imponer el reino del continuismo y la monarquía “republicana”. ¡Qué triste!